

curar la paz de Italia y la unión de la Cristiandad, para oponerse al peligro de los turcos; y que en este respecto tenía ante los ojos, como brillante ejemplo, á su tío Calixto III (1).

Es muy fundada la opinión de que hubo un momento en que Alejandro pensó verdaderamente en moderar su amor á sus parientes y cumplir con exacción los deberes de su elevado cargo (2). Desgraciadamente, aquellos buenos propósitos duraron muy poco tiempo, y el amor desmedido á los suyos se hizo sentir muy pronto. El deseo de elevar la casa de Borja á un permanente poderío, llegó á enseñorearse de todos sus pensamientos y designios. Ya en el consistorio de 31 de Agosto, donde recompensó á sus electores, otorgó Alejandro el obispado de Valencia, que producía 16.000 ducados, á su hijo César Borja, quien ya había recibido de Inocencio VIII el obispado de Pamplona (3). En el mismo consistorio hizo á su sobrino Juan, arzobispo de Monreale, cardenal de Santa Susana (4); al propio tiempo nombró entonces seis legados, parte de los cuales designó de nuevo, y á los otros los confirmó: es, á saber, Juliano della Róvere, para Aviñón; Fregoso, para

(1) \*Relación del embajador de Milán, fechada en Roma á 20 de Agosto de 1492. *Archivo público de Milán*.

(2) Gregorovius, L. Borgia, 46, quien hace notar que Alejandro no hizo llamar inmediatamente á César á Roma. Por Octubre de 1493, Alejandro VI hizo algo para combatir el peligro turco, que precisamente entonces (v. Hammer II, 305) se presentaba muy amenazador, mas luego ciertamente tuvo que relegar esto á segundo término, en vista de la situación de Italia. Cf. los breves de 20 de Octubre de 1493 á Giangaleazzo y L. Moro (en el *Notizenblatt*, 1856, p. 421) y á Fernando de España (cuyo original se halla en la *Biblioteca nacional de París*, Espag. 318, f. 1). En una \*carta, fechada en Roma á 19 de Octubre de 1493, A. Sforza da cuenta de las deliberaciones que se tuvieron acerca del asunto de los turcos, y dice que se resolvió la exacción de un diezmo. *Archivo público de Milán*.

(3) El día de este consistorio se indica muy diversamente: Fraknói (v. arriba) y Hagen, 24, indican el 30 de Agosto, Gregorovius VII<sup>3</sup>, 312, el 1 de Septiembre. En cambio, en las \*Acta consist. 1489-1503 C<sup>2</sup>, f. 44 del *Archivo consistorial* se lee expresamente die veneris ultima Aug. 1492, con lo que concuerdan la \*escritura de concesión del obispado de Valencia, publicada en el apéndice n.º 15 (*Archivo secreto pontificio*) y la \*\*relación de Boccaccio, fechada en Roma á 31 de Agosto de 1492. (*Archivo público de Módena*). Hay absoluta falsedad en poner en el 26 de Agosto la colación del obispado de Valencia, como lo hace Gregorovius, L. Borgia, 45. Según las \*Acta consist., César recibió también entonces en encomienda el monasterium Vallisdegnae Cist. ord. Valent. dioec. Concuere con esto el Regest. 772, f. 1<sup>b</sup>. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. Boglino, 30-31 y en el apéndice n.º 16, el \*breve de nombramiento de 31 de Agosto de 1492. *Archivo secreto pontificio*.

Campania; Savelli, para Spoleto; Orsini, para la Marca; Sforza, para Bolonia, y Médici, para el Patrimonio (1).

Fué desdicha de Alejandro que, á poco, toda su parentela se presentara en Roma, resuelta, con la más extremada falta de miramientos, á utilizar la buena ocasión que se les presentaba. Como en otro tiempo, en el reinado de Calixto III, corrieron á Roma, no sólo los parientes próximos, sino también los más lejanos colaterales y amigos de los Borja, para hacer allí su fortuna. «Ni diez Papados hubieran bastado para acallar aquella parentela»— escribe, ya en Noviembre de 1492, Gianandrea Boccaccio al duque de Ferrara (2).

La transformación que se realizó, desgraciadamente demasiado pronto, en el modo de proceder de Alejandro, nacía de un sentimiento en sí generoso: el amor á sus parientes, principalmente hacia sus hijos César, Juan, Jofré y Lucrecia (3). Esta, cuyo nombre es conocido en la Historia universal, gozaba especialmente de la privanza de su padre.

Sabido es, de qué manera los historiadores y poetas, desde aquel tiempo hasta nuestros días, han estado incansables en pintar á Lucrecia Borgia como causa de numerosos crímenes y escándalos del peor género. Pero, aunque se debe conceder que no dejó en absoluto de estar influida por el envenenado hálito de la atmósfera corrompida en que vivía, estuvo, sin embargo, muy lejos de ser aquel monstruo en que la han convertido las calumnias y las invenciones sensacionales. «Las más graves acusaciones é historias, descansan en relatos cuya exageración é inmundicia perversidad traspasan todos los límites de lo creíble y aun de lo posible, y en las sátiras de una ciudad, cuya malicia ha sido en todos tiempos la más acerada y mordaz.» Muchas cosas averiguadas están en contradicción con aquellas narraciones (4); y tampoco lo

(1) \*Acta consist. Alex. VI. Pii III. Leon. X., f. 2<sup>b</sup> en el *Archivo consistorial*.

(2) Gregorovius, L. Borgia, 47.

(3) Cf. arriba p. 365 ss. Justamente dice Möhler II, 523: «La desdicha de este Papa fué su familia, y ella fué al mismo tiempo la desdicha de la Iglesia.»

(4) Reumont III, 1, 204. Cf. p. 206: «Lucrecia Borja ha de ser pura y simplemente descargada de la mayor parte de las imputaciones acumuladas sobre ella.» Cf. también Reumont en el *Bonner Literaturblatt* V (1870), 447 s. Gregorovius ignora completamente á Reumont, pero su disquisición y examen acerca de las acusaciones contra Lucrecia (p. 159 ss.), lo conducen á una conclusión análoga: «Nadie podrá creer que Lucrecia Borja, en medio de la corrupción



que se conoce de las exteriores acciones de Lucrecia, está en armonía con la legendaria imagen de su carácter.

Todos los contemporáneos convienen, en que estaba dotada de indescriptible gracia, apacibilidad y amabilidad. «Es de mediana estatura y semblante lindo, — escribe Nicolao Cagnolo de Parma; — su rostro prolongado, su nariz lindamente perfilada, sus cabellos rubios como el oro y sus ojos de color indefinido, la boca algo grande y los dientes de blancura deslumbradora; su cuello flexible y blanco, es robusto, pero de muy buenas proporciones. Todo su sér respira de continuo una risueña serenidad.» Otros narradores ensalzan de una manera especial su largo y ondulado cabello, rubio como el oro (1).

de Roma y de la sociedad de personas que la rodeaban, pudiese conservarse intachable; pero tampoco podrá afirmar, quien juzgue sin preocupación, que realmente fué culpable de los crímenes infandos de que se la acusa.» Hillebrand, Italia I, 317, en un estudio crítico de la obra de Gregorovius, resume en las palabras siguientes el resultado de la investigación de este autor: «Nada se ha podido descubrir contra Lucrecia. El docto historiador hubiese podido contentarse con este resultado bastante importante. Pero ha querido pasar más adelante, reconstruir la historia, y para eso ha llenado las lagunas con descripciones hipotéticas, con consideraciones sentimentales enteramente superfluas, del género que llaman los franceses *rapprochements*, que muchas veces tocan los límites del mal gusto.» Que esta crítica no sea infundada, se puede ver, cuando describe Gregorovius muy por menudo el «Salón» de Vanozza (p. 15-16), y llega hasta saber; las oraciones que recitó Vanozza durante el conclave! Para la crítica de la obra de Gregorovius, cf. también Hist-polit. Blätter LXXVII, 577 s. Blaze de Bury en la Rev. d. Deux Mondes XX (1877), 243 ss., y S. Münz en la English Hist. Review, VII, 699. Gregorovius, 159 ss., apoya su investigación sobre las imputaciones contra Lucrecia, con la noticia de un agente del duque de Este en Venecia (con fecha 15 de Marzo de 1498), de que Lucrecia entonces había dado á luz un hijo natural. Pretende, á este propósito, Gregorovius, que excepto Malipiero y P. Capello, «ningún otro ha dicho de Lucrecia que hubiese tenido trato amoroso con alguna otra persona, cuyo nombre se citase» (p. 163). Esta afirmación es inexacta; pues, una carta inédita de Cristóbal Poggio, secretario de Bentivoglio, al marqués de Mantua, fechada en Bolonia á 2 de Marzo de 1498, contiene la siguiente noticia, que confirma la relación antes mencionada del agente del duque de Este, escrita por el mismo tiempo: «Dopo le altre mie per non ci esser cavalcata da Roma non ho altro di novo di là, se non che quello Peroto (es el mismo sobre cuya muerte se cierne una misteriosa obscuridad; más adelante hablaremos por menor acerca de esto) camariero primo di N. S., quale non se ritrovava, intendo essere in presone per haver ingravidato la figliola de S. S<sup>ma</sup> M<sup>te</sup> Lucretia. Este documento de no poca importancia se halla en un lugar bastante escondido, en medio de la correspondencia boloñesa del Archivo Gonzaga de Mantua. Con este documento se hace insostenible la opinión de aquéllos, que con R. di Soragna (Rassegna naz. X [1882], 124) quieren eximir á Lucrecia de toda mácula.

(1) Antonelli, L. Borgia in Ferrara (Ferrara 1867), 39. Cf. Gregorovius, 226.

Por desgracia, no se hallan retratos seguros de aquella notable mujer (1); pero, sin embargo, por las medallas que se acuñaron durante su permanencia en Ferrara, se puede formar una idea regularmente precisa de los rasgos de su fisonomía. La mejor de aquellas medallas, grabada probablemente en 1502 por Filippino Lippi, muestra cuán falsa es la opinión que, nacida de la maledicencia y pasión de partido, se había difundido tanto tiempo acerca de Lucrecia: una cabecita delicada, con líneas finas, más graciosa que bella, aññada y de casi infantil aspecto, con los cabellos profusamente derramados sobre los hombros, y los grandes ojos de mirada vaga. Hay algo de muelle, de indecisión y falta de voluntad en estos rasgos; ninguna huella de pasión vehemente; todo indica una índole delicada, débil y pasiva, que no se sabe resolver (2); lo cual fué causa de que, los que rodearan á Lucrecia, ejercieran mayor influjo en sus destinos. De once años había sido prometida al noble caballero español D. Juan de Centelles, y luego á D. Gaspar, conde de Aversa; pero ambos esponsales fueron retractados. El omnipotente cardenal Ascanio Sforza procuró entonces el desposorio de Lucrecia con un miembro de su

(1) Esta es la opinión de Crowe-Cavalcaselle, Gregorovius y Campori. Yriarte, Autour des Borgia, 115 ss., se esfuerza por demostrar, qu'à défaut d'originaux incontestables dus à la main de quelque grand artiste du temps, il existe au moins trois copies d'un même portrait de L. Borgia; pero el investigador francés no ha llegado á resultados ciertos.

(2) Cf. Blaze de Bury en la Revue des deux Mondes XX (1877), 248, é ibid. Gebhart LXXXVIII (1888), 142. Esta medalla ha sido copiada muchas veces, por ejemplo en Friedlander (Berl. Blätt. f. Nünzkunde 1866, Nr. 8. Cf. Grimm, Ueber Künstler und Kuntswerke II, 81 s.), en Antonelli (l. c.), en Gregorovius y en Yriarte 118; aquí 117 está también copiada una segunda medalla. V. además Jahrb. d. preuss. Kunsts. III, 34 s. Ehrle-Stevenson, Gli affreschi etc. no reconoce que la Sta. Catalina que hay en el App. Borgia tenga las finas facciones de Lucrecia; á pesar de lo cual, Steinmann, Rom 104, tiene esto por seguro. Sobre la índole de Lucrecia advierte Hillebrand II, 47: «La historia no registra ningún hecho, ninguna palabra de Lucrecia: ésta lo deja pasar todo, nunca resiste, se acomoda con pasmosa celeridad á cada nueva situación á que es trasladada por su padre y hermano. Las cartas que de ella se conservan no indican que fuese persona de notables prendas: son enteramente correctas, sin colorido, sin pasión, sin agudeza de ingenio, sin propias observaciones, y por su vaciedad forman singular contraste con las vivas cartas de su correspondiente y cuñada, la bella, ingeniosa y atractiva marquesa Isabel de Gonzaga, la cual supo hacer traslucir su encantadora personalidad por en medio de la árida forma del estilo epistolar de entonces.» Acerca del casamiento de Lucrecia, dice también Hillebrand II, 49: «Naturalmente no se la consultó más de lo que se acostumbra consultar de ordinario á las hijas de los príncipes.»



familia, Juan Sforza, conde de Cotignola y señor de Pesaro. Alejandro VI acogió con gozo la ocasión de procurar á su hija tan brillante casamiento (1).

Esta serenidad, perpetuamente risueña, de Lucrecia era propia también de su hermano, como herencia de su padre, por más que en lo demás fueran de carácter tan diferente. «César es de genio grande y sobresaliente y distinguida índole,—escribe el enviado de Ferrara en 1493,—y ofrece á los ojos el aire del hijo de un príncipe; es muy particularmente alegre y de buen humor, y todo él festivo. Nunca tuvo inclinación al estado eclesiástico; pero su beneficio le produce más de 16.000 ducados» (2). De formación muy variada, conforme á las tendencias de su época, estimaba César las artes y á los artistas; trataba con poetas y pintores y llegaba

(1) Cf. Gregorovius, 39 ss., 47 s. Cf. Sitzungsberichte d. Münch. Akad., hist. Kl., 1872, 505 ss. Sobre Juan Sforza, v. Ratti I, 163 ss. Foucard ha descubierto en el archivo de Módena algunos nuevos documentos relativos al período de la morada de Lucrecia en Roma, el tiempo más oscuro de su vida, y los ha puesto á disposición de Gregorovius para la segunda edición de su libro, que salió á luz en 1876. Pero no por ellos ha padecido esencial mudanza la idea que se tenía formada de Lucrecia. No ha sucedido así con la carta del *Archivo Gonzaga de Mantua*, citada más arriba, p. 398, por la cual queda confirmada la de un agente del duque de Este que lleva la fecha de 15 de Marzo de 1498, en la que se anuncia que Lucrecia ha dado á luz un hijo natural. Después de este documento, no doy por excluido el que se descubran todavía otros nuevos, que faciliten pronunciar la última palabra sobre Lucrecia. Los materiales manuscritos, reunidos por Baschet para una biografía de Lucrecia, han ido á parar á manos de Yriarte; esperamos que este autor publicará estos documentos con más cuidado que Gregorovius. Luzio (Precettori d'Isabella, 42) ha hecho ya notar que la carta de Lucrecia, cuyo facsímil ha dado como suplemento Gregorovius en el n.º 62, no va dirigida á Isabel de Este, sino al marqués Francisco Gonzaga, como se saca también claramente del encabezamiento: Ill<sup>mo</sup> Sr<sup>o</sup> mio. Un buen número de documentos, publicados por Gregorovius, están desfigurados por groseras faltas de lectura, lo cual se pone de manifiesto, si se los compara con los originales del *Archivo Gonzaga de Mantua*. Por ejemplo, en la relación de El Prete de 2 de Enero de 1502, copiada en el apéndice n.º 35, hay que leer zoie en vez de zove; so uno cosino en vez de so cosino; strete de uso en vez de strele; tanti alli colti en vez de tanti colti. En la carta de Troche (apéndice n.º 42), en vez del ininteligible asé, hay que leer cose. En la carta del marqués de Mantua de 22 de Septiembre de 1503 (apéndice n.º 49), hay que leer ch' el spiri en vez de del respiro; cossi en vez de assi; después de incontra debe ponerse un punto, etc. Malaguzzi-Valeri de Módena me dijo que los documentos que Gregorovius ha tomado del *Archivo público de Módena*, necesitan también muchas veces de corrección.

(2) Gregorovius, Lucrezia Borgia, 54. Cf. además el retrato de César por P. Capello en su relación de 1500, publicada por Sanuto, III, 846. Sigismondo de' Conti, II, 61, llama también á César adolescentem spei magna et indolis optima.

hasta tener su propio poeta cortesano; pero su particular afición era el ejercicio de las armas y la política. Con un extraordinario talento militar y administrativo, juntaba una desacostumbrada energía de voluntad. Para llegar al poder, no retrocedía, como la mayor parte de los príncipes de su tiempo, ante el empleo de los más reprobables medios, con tal que le pudieran conducir á su objeto. Una vez conseguido éste, mostraba la parte mejor de su carácter (1). Genuino condottiero, era maestro en todos los ejercicios caballerescos, y hacía ventaja al mejor espada en las corridas de toros; de un solo tajo separó, á un poderoso toro, la cabeza del cuerpo. Su semblante, de obscuro color moreno, se desfiguró luego con numerosas pústulas que fácilmente le supuraban (2); la mirada penetrante de sus ojos centelleantes y hundidos, revelaba su carácter duro, al propio tiempo que su sensualidad, ambición, falsedad y astucia (3). Los que rodeaban de cerca á César, los criados de su casa, y más adelante sus guerreros, y aun su verdugo, D. Michelotto, eran casi exclusivamente españoles; y con su padre Alejandro VI, hablaba generalmente en español (4).

(1) Reumont, III, 2, 17. Cf. Hillebrand, II, 45, quien hace notar que César «no era mucho peor» que Luis XI de Francia, Fernando de España, y Enrique VII de Inglaterra.

(2) Estas manchas procedían de la sífilis (cf. la nota siguiente), lo cual, junto con otros motivos, podrían haber inducido á César, á no salir las más de las veces, sino con un antifaz.

(3) Jovius, Elogia vir. illustr. (Basil. 1575) 201-202; cf. Vettori, Viaggio, 74 s. César, al igual que A. Sforza y Julián de la Róvere padecía de morbus gallicus (sífilis); v. Thuasne, II, 521, n. 1, y Alvisi, 463. Está hoy generalmente reconocido que el cuadro quitado recientemente del palacio Borghese y trasladado á París, ni procede de Rafael ni es un retrato contemporáneo de César. Según Yriarte, *Autour des Borgia*, 113, el grabado en madera de la obra de Jovio trae su origen de un retrato contemporáneo: en la galería de los Uffizi se conserva una copia del retrato que Jovio poseía. Yriarte publica, 112-113, una efigie de César que hay en la colección del conde Codrighi de Ímola, y ve en ella el retrato más auténtico de aquel hombre terrible. Pasolini, II, 227, falsamente y sin atender á las observaciones de Lermoloeff (*Zeitschr. f. bild. Kunst.*, X, 102), da gran valor á un retrato de César, que se atribuye (sin fundamento) á Giorgione ó Palmeggiani, y se halla ahora en la galería de Forlí. El Dr. Vischer-Merian de Basilea tuvo la amabilidad de enviarme una copia de un retrato de César, enteramente desconocido hasta ahora, que se conserva en la galería Albani de Urbino. El Dr. Vischer ve al verdadero César en este retrato, que difiere del de Yriarte; otros retratos semejantes se hallan también en Umbría; entre otros puedo citar uno que posee el Sr. Giov. Bocchi en Penabilli.

(4) Burckhardt, *Cultur*, I, 104.



Ya el plan de casamiento de la hermana de César con un Sforza, había excitado el descontento de Ferrante (1); y poco después se añadieron todavía otros motivos para turbar las relaciones entre Roma y Nápoles. El rey Wladislao de Hungría se había declarado desobligado de su desposorio con la hija de Ferrante, y se preveía que el Papa daría su resolución en este sentido (2); y si estos asuntos privados llenaban al Rey de gran solicitud, todavía se la causaban mayor los ambiciosos planes de Luis el Moro, el cual trataba por todas maneras, de separar del trono de Milán á su sobrino Juan Galeazzo, casado con una nieta de Ferrante. Luis ponía para esto sus esperanzas, además de Francia, principalmente en el Papa, en el cual ejercía un influjo preponderante, por medio de su hermano Ascanio. No es, pues, de maravillar, que Ferrante aguardase con grande ansiedad, lo que podría conseguir en Roma su hijo Federico de Aragón, príncipe de Altamura. A 11 de Diciembre de 1492 había llegado éste á la Ciudad Eterna, para prestar la obediencia y atraer al Papa á una alianza (3). El cardenal Juliano della Róvere le había preparado en su palacio habitación magnífica (4). Federico prestó la obediencia á 21 de Diciembre, y la noche de Navidad recibió de mano del Papa una espada bendecida; pero á 10 de Enero de 1493, se marchó de Roma sin haber conseguido el fin de su misión (5); en una alianza no podía pensarse, y tampoco se mostraba el Papa propicio al negocio de los esponsales; lo cual no puede sorprender, si se considera, que Alejandro VI recibió precisamente por entonces la noticia de una perniciosa intriga urdida por el rey de Nápoles contra el Estado de la Iglesia.

Después de la muerte de Inocencio VIII, había Franceschetto Cibo huído cerca de su cuñado Piero de' Médici, y procurado desde allí vender sus posesiones en el Estado romano. Ya á 3 de Septiembre de 1492 se ajustó un contrato por medio de Ferrante

(1) Relación del embajador de Ferrara, publicada por Gregorovius, L. Borgia, 48.

(2) Cf. el estudio de Ovary, en el Századok, XXIV, 761 ss. V. también Ehses, Documente z. Gesch. d. Ehescheidung Heinrichs, VIII, 60, n. 1.

(3) Burchardi Diarium, II, 14 sq. Cf. también Notar Giacomo, 176.

(4) V. la \*\*relación de Brognolo de 29 de Noviembre de 1492. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Burchardi Diarium, II, 22 sq., 26, 33 sq. y la \*Carta de un agente milanés (Sebastianus), fechada en Roma, á 14 de Enero de 1493. *Archivo público de Milán*.

y Piero de' Médici, mediante el cual, Virginio Orsini adquiriría las ciudades de Cervetri y Anguillara, pagando por ellas 40.000 ducados (1). Era cosa evidente, que Virginio Orsini no podía haber aprontado semejante cantidad, sino con el auxilio de su amigo y protector Ferrante. Alejandro VI quedó enteramente sorprendido por esta venta, y se resolvió á no tolerar á ningún precio que aquellos importantes dominios vinieran á manos de un hombre que, en su tiempo, había amenazado arrojar al Tíber á Inocencio VIII. Virginio Orsini, Capitán general de las tropas napolitanas, estaba en tan estrechas relaciones con Nápoles, y asimismo con Florencia, que Alejandro VI vió con razón la mano de sus vecinos en todo aquel negocio, que proporcionaba al ambicioso barón romano un considerable aumento de poder. No necesitaba, pues, de las excitaciones de parte de Luis el Moro y del cardenal Ascanio, de las cuales se quejaba Ferrante; pues estaba patente el peligro de formarse en las cercanías de Roma una potencia semejante á la de los Prefectos de Vico (2). Cuando el Papa se enteró de que las tropas de Virginio habían ocupado ya aquellas ciudades, protestó en el consistorio de los cardenales, y se lamentó especialmente del proceder de Juliano della Róvere, que había prestado su favor, para que tan importantes dominios pasaran á manos de un enemigo de la Santa Sede. Juliano, por su parte, replicó: que no era con todo tan peligroso, como si aquellas ciudades hubieran caído en poder de un pariente del cardenal Ascanio (3). Lo mismo que en el conclave, seguían siendo ahora adversarios Ascanio Sforza y Juliano della Róvere; éste podía contar seguramente con el apoyo de Nápoles, de los Orsini y de los Colonna; mas, á pesar de esto, creyó deber temer por su seguridad en Roma, y por esta razón, á fines de año, se trasladó á la fuerte ciudadela que le había construído en Ostia el célebre San-

(1) Gregorovius, VII, 313-314 (4 edición 320-321); Gottlob, Cam. ap. 227; Thuasne, Djem-Sultan, 309, y Arch. d. Soc. Rom., X, 269.

(2) Cf. Sigismondo de' Conti, II, 57. Guicciardini, I, 1 y además Arch. st. ital. 3, Serie XIV, 390. En su Storia di Firenze dice Guicciardini (p. 99), que aquellas regiones habrían sido «un osso in gola» del Papa. Cf. también Reumont, en Sybels Zeitschr., XXIX, 322.

(3) Sigismondo de' Conti, II, 55. Para debilitar la influencia de A. Sforza, Julián de la Róvere había apoyado en secreto el nombramiento de Juan Borja para cardenal; v. la \*carta de Boccaccio de 31 de Agosto de 1492. *Archivo público de Módena*; con ella se confirma la opinión de Brosch, Julius, II, 53.



gallo (1). Ferrante aprobó este paso y aseguró su amparo al cardenal (2). En Ostia recibió Juliano la visita de Federico de Aragón, que regresaba de Roma; y poco después la de Virginio Orsini, el cual le prometió todo su apoyo. El embajador que refiere esto, añade, que Ostia estaba por todos conceptos bien fortificada (3).

La ciudadela de Ostia pasaba entonces por inexpugnable, y dominaba la desembocadura del Tíber; por lo cual, el establecimiento de Juliano en ella, era una amenaza directa contra el Papa; y cuánta solicitud produjera en éste, lo manifiesta el caso que nos ha transmitido Infessura. «Un día,—refiere el mismo,—hizo Alejandro una excursión á Villa Magliana; y como se disparara allí un cañón para saludarle, sobrecogió al Papa un terror tan grande, que, aunque estaba todavía en ayunas, regresó aceleradamente al Vaticano, temiendo una acometida por parte de los secuaces de Juliano, y creyendo que aquel cañonazo era la señal convenida para ella (4).

De qué manera estuviera Alejandro VI dispuesto para todo, se colige del hecho de haber mandado entonces fortificar á Civitavecchia (5); y como también en otras partes del Estado de la Iglesia se hacían notar principios de alteraciones, á las cuales, según toda probabilidad, no estaban ajenos Ferrante y Piero de' Médici, el Papa se vino á inclinar á una alianza defensiva con Venecia, que le proponían el cardenal Ascanio Sforza y Luis el Moro (6). Entonces se halló Ferrante apurado, y empleó todas sus artes diplomáticas para estorbar dicha alianza. En Marzo de 1493, envió á

(1) Infessura, 284 y Thuasne, II, 622 s.

(2) Trinchera, II, 1, 252-253.

(3) Sigismondo de' Conti, II, 56 y \*Relación de Sebastianus, fechada en Roma á 19 de Enero de 1493: El S. Virginio è stato ad Hostia et dicto al cardinale non dubiti che per luy vole mettere il stato et la vita, cosi dicono Colonesi. Se terranno fermo cosi anche il Re Ferrando Ostia non ponno haver li adversarii; è ben munita et fornita di tutto. *Archivo público de Milán.*

(4) Infessura, 284. Por el mismo motivo sin duda, el Papa, por Febrero, fué á Santa María la Mayor, acompañado de gente armada. Burchardi Diarium, II, 45.

(5) Se inscribieron expensas pro munitione arcis Civitevetulae para el 21 de Febrero de 1493, en \*Divers. Alex. VI, 1492-1494. Bullet. I. *Archivo público de Roma.* En Mayo de 1493, las expensas de Alejandro para fines militares ascendían á 26383 ducados; v. Hist. Jahrb. VI, 44 (donde hay que leer 1493 en vez de 1492).

(6) Sigismondo de' Conti, II, 57.

Roma al abad Rugio, para componer la cuestión acerca de Cervetri y Anguillara, y con el mismo objeto fueron enviados emisarios á Florencia y Milán. Propúsose que César Borja, que había vuelto al estado seglar, se casara con una hija del rey de Nápoles; y más adelante se trató del matrimonio del hermano menor de César, Jofré, con una princesa de la Casa de Aragón. Ferrante abrazó afanosamente este proyecto, y esperaba con ansia la conclusión de este negocio; pero todo ello se frustró de nuevo (1), muy probablemente por influjo del cardenal Ascanio. Ferrante se lamentó amargamente, escribiendo que el Papa debía entender «que no éramos muchachos, ni estábamos dispuestos á dejarnos burlar». Al propio tiempo trataba con ardor con Juliano della Róvere, y reunía tropas en los Abruzzos (2).

La temida alianza de Alejandro con Venecia y Milán, quedó por fin ajustada; y el 25 de Abril de 1493, se anunció en Roma la nueva liga, en la cual entraron también Sena, Ferrara y Mantua. Milán y Venecia se obligaban á enviar desde luego, en auxilio del Papa, algunos centenares de soldados contra Virginio Orsini (3).

El cardenal Juliano della Róvere continuaba entretanto fortificado en Ostia, y un embajador de Milán refiere á 7 de Marzo de 1493, que el cardenal no salía del castillo sin una fuerte escolta (4).

Más adelante consultó Juliano con Ferrante, á qué otro lugar seguro podría retirarse; y al mismo tiempo procuraba el monarca napolitano irritar por todos los modos posibles á los

(1) Trinchera, II, 1, 317 s., 320 s., 325 s., 330, 333, 343, 344 s., 348, 351, 355 s.; Gregorovius, VII, 316, y las relaciones florentinas, publicadas por Yriarte, César B., II, 322-323. Jofré había sido destinado desde el principio al estado eclesiástico; este hecho, hasta ahora desconocido, se saca del documento copiado en el n.º 17 del apéndice, el cual está tomado del *Archivo secreto pontificio.*

(2) Trinchera, II, 1, 360, 369 s., 382; cf. Reumont, III, 1, 209.

(3) Infessura, 284-285. Burchardi Diarium, II, 67 sq. Arch. napolit., IV, 774, 776-777. Thuasne, Djem-Sultan, 312. Sigismondo de' Conti, II, 58. Un \*breve de 22 de Abril de 1493, contiene la orden dada á J. Sforza, de hacer celebrar una solemne procesión, en acción de gracias por la conclusión de la liga. *Archivo público de Florencia.* Urb. eccl. En el mismo día, se expidieron breves á los gobernadores de Perusa, Todi, etc., con la orden de publicar la liga. En 25 de Abril se notificó al dux la publicación; el \*breve comienza con estas palabras: Quod felix faustumque div. M<sup>tes</sup> esse velit, hodie etc. *Archivo público de Venecia.*

(4) \*\*Relación de Stef. Taberna, fechada en Roma, á 7 de Marzo de 1493. *Archivo público de Milán.*